

planteado por la alteridad invocando esta misma afirmación cultural como ejemplo de su propia incipiente universalidad, confirmando así haber logrado dicha universalidad. ¿Qué tipo de imposición supone afirmar que en cada cultura se puede encontrar un kantiano? Pues mientras haya algo parecido a una referencia mundial en pensamiento moral, o siquiera un recurso a una versión de universalidad, ello eludirá la específica tarea cultural necesaria para afirmar que en Kant tenemos todo cuando queramos saber sobre cómo funciona el razonamiento moral en diversos contextos culturales.

Así pues, la importante tarea que nos plantea la diferencia cultural no es otra que articular la universalidad a través de un difícil proceso de traducción. Esta tarea pretende transformar los términos mismos de que está formada la universalidad y darles nueva significación; de ahí que el movimiento de esa transformación no anticipada establezca el universal como aquello que todavía ha de lograrse y que, a fin de resistir a la domesticación, nunca se podrá lograr de forma total o definitiva.

RICHARD FALK

UNA REVISIÓN DEL COSMOPOLITISMO

La iniciativa cosmopolita de Martha Nussbaum, bien argumentada, artísticamente construida y planteada en un momento históricamente relevante, desafía a la imaginación política a trascender el realismo estrecho de las modernas concepciones patrióticas de ciudadanía leal y Estado soberano que asocian el deber político y la identidad con las fronteras territoriales. Según los partidarios del bando patriótico del debate, una de las respuestas más recientes del nacionalismo a las críticas que ha recibido por su estrechez de miras consiste en ampliar su conciencia ética, hasta abarcar al conjunto de la humanidad, incorporando los «derechos humanos» a sus convicciones éticas. Los partidarios del cosmopolitismo contemplan favorablemente este paso más allá de las exclusividades del nacionalismo y el estatismo, aunque consideran que esta expresión de solidaridad con la humanidad en su conjunto es demasiado periférica como para permitir una adecuada resituación de la orientación ética.

Por mi parte, pese a compartir en lo esencial la perspectiva de Nussbaum, me siento inquieto por su implícito apoyo a una visión polarizada —o esto, o lo otro— de la tensión entre la conciencia nacional y la cosmopolita. De esta forma, engendra una discusión que inevitablemente pasa por alto la originalidad de nuestras circunstancias políticas a finales del siglo xx; una originalidad que hace que ambos polos resulten problemáticos.

El polo patriótico refleja la realidad del Estado soberano como la base a partir de la cual se organiza la sociedad internacional. Aquí, la prioridad se concede naturalmente a la concien

cia nacional, como elemento vertebrador de la educación, la socialización, las aspiraciones y la lealtad. Este tipo de orientación presupone que el Estado soberano y territorial posee un grado de soberanía y primacía del que ya no dispone y que, en caso de recuperarse, exigiría profundos cambios estructurales en el ámbito nacional, regional y global de la organización social, política y económica. En la actualidad, la autonomía y primacía del Estado se ven gravemente, y acumulativamente, comprometidas, si no desafiadas, o incluso suplantadas, por diversos tipos de regionalización y globalización, especialmente por las complejas formas de integración económica, ideográfica y electrónica. Especialmente grave resulta el impacto de dichas tendencias en la capacidad de los Estados de fomentar el bienestar material de los sectores más desfavorecidos de la población nacional y extranjera. Así pues, la opción y la posibilidad del Estado humano están desapareciendo tras la estela del consumismo global y de los ritmos heavy-metal de la cultura popular. En este contexto de pérdida de autonomía, las elecciones nacionales entre conservadores y liberales están perdiendo su importancia tradicional, a la vez que los partidos políticos de diversas tradiciones ideológicas se encuentran bajo la irresistible presión de adaptarse a la disciplina del mercado global. Esta lógica conformista reduce también, en muchos aspectos, las distinciones más fundamentales existentes entre los sistemas políticos autoritarios y los democráticos, e incluso entre los partidarios de los principios marxistas-leninistas y los defensores del constitucionalismo orientado al mercado característico de diversos países occidentales.

Esta convergencia, dinámica y embrutecedora a la vez, es en parte consecuencia del nuevo ascendiente de la política económica exterior a la hora de fundamentar los programas gubernamentales nacionales, especialmente induciendo a que partidos políticos y dirigentes de la izquierda liberal y socialdemócrata abandonen sus objetivos humanistas tradicionales y coincidan con sus «adversarios» conservadores en la reducción de impuestos, en las reducciones salariales y de las prestaciones del Estado

del bienestar, en fomentar la privatización y el libre flujo de capitales y, generalmente, adaptándose a las presiones ejercidas por las fuerzas del mercado regional y global. Puesto que estas pautas se repiten globalmente en muy diversos escenarios, es razonable considerarlas como un atributo estructural que define el momento actual de la historia internacional. Y de ello se deriva específicamente la imposibilidad, en un futuro indefinido, del restablecimiento del Estado humano.

En mi opinión, la viabilidad ética del patriotismo depende de que el Estado disponga del suficiente espacio político como para permitir el surgimiento y mantenimiento de dicho Estado humano, y para hacer que la viabilidad e importancia del proyecto estimulen la participación ciudadana. El «modelo sueco» es el paradigma de esta posibilidad, y su desaparición es un síntoma de la actual era de la globalización. Si Suecia ya no puede seguir siendo Suecia dadas las presiones ejercidas por el capital global para que reduzca los impuestos, congele los salarios, reduzca el bienestar y evite, en cuestiones de política internacional, pronunciamientos como los que anteriormente se asociaban con la neutralidad sueca, entonces seguir confiando en la orientación nacionalista para alcanzar la realización política no parece, a estas alturas, más que un vano intento de aferrarse a una ilusión. Por el momento Suecia ha evitado este tipo de autoengaño gracias a su forzada marcha hacia la comunidad europea: una decisión que, aun habiendo sido adoptada democráticamente, ¡le ha costado su derecho a ser Suecia!

La desigualdad económica significa que el Estado humano todavía puede lograr notables resultados en diversos países asiáticos anteriormente afligidos por la pobreza a gran escala. Malasia, Corea del Sur, Taiwan, China y otros países han demostrado esta capacidad, aunque todos ellos deben complementar los considerables logros materiales obtenidos con el respeto a los derechos humanos de sus ciudadanos. El aumento del bienestar material y social, unido a la búsqueda de la estabilidad regional y la equidad global, hace posible la emergencia de nuevos tipos

de Estados humanos, pese a la decadencia del fenómeno en los países septentrionales en los que fue creado.

A mi entender, desde la perspectiva socialdemócrata y de la izquierda liberal el Estado humano está siendo desplazado por una realidad, todavía no suficientemente entendida, a la que, provocativamente hablando, podríamos denominar «el Estado neurótico». En esencia, las presiones globalizadoras inducen a los gobernantes y a los partidos políticos con aspiraciones de gobierno a adoptar políticas que contradicen la propia identidad ética que les caracteriza: es decir, los factores estructurales ponen en segundo lugar las preferencias en materia de valores. La presidencia de Bill Clinton es un ejemplo que confirma esta tendencia: la escandalosa falta de atención a las personas sin hogar y la pobreza en general combinada con la fervorosa e incondicional adhesión al Área de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) y al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) como ingredientes indispensables del bienestar de los Estados Unidos. Naturalmente, si el hecho de que Clinton se desviase de las expectativas morales de los demócratas liberales fuese un fenómeno aislado, sería natural explicar esta adhesión al consenso neoliberal como algo episódico o como el reflejo de un determinado giro a la derecha en los Estados Unidos, pero lo que se ha producido, con diversas variaciones aquí y allá, es un patrón verdaderamente mundial al que se han adaptado, en los últimos años, la práctica totalidad de los gobiernos y partidos políticos de centroizquierda. El socialismo de Mitterrand experimentó un viraje similar en su último mandato presidencial, y el espectacular éxito obtenido por Tony Blair con la reorientación del Partido Laborista británico es otro ejemplo de ello. Esta tendencia indica que el patriotismo tradicional, que se fundamenta en el potencial humanístico de la comunidad nacional, es en la actualidad una postura autocontradictoria, que hace que su línea de argumentación anticósmopolita resulte poco convincente en la medida en que elude los retos de la globalización, incluyendo su propia sumisión.

Sin embargo, sorprendentemente, la orientación cosmopolita no resulta mucho más satisfactoria a este respecto. Los vectores estoico-kantianos de una orientación cosmopolita dan por supuesto un contexto ético de premisas globalistas que cada vez resulta más difícil reconciliar con la realidad del globalismo contemporáneo. Ciertamente, la perspectiva cosmopolita es explícitamente ética y humanística a escala global, pero no es consciente, o no se distingue suficientemente, de las tendencias globalistas que, en la actualidad, integran experiencias que traspasan fronteras a gran velocidad. Proyectar un cosmopolitismo visionario como alternativa al patriotismo nacionalista sin abordar el reto subversivo que plantea el globalismo dirigido por el mercado que actualmente fomentan las corporaciones y bancos transnacionales, así como los especuladores de divisas y los capitalistas de casino, es arriesgarse a incurrir en una forma contemporánea de confusa inocencia. Para que el cosmopolitismo resulte creíble debe combinarse con una crítica al globalismo éticamente deficiente encarnado por el pensamiento neoliberal y el globalismo que está siendo puesto en práctica de forma tal que minimiza el contenido ético y visionario de concebir el mundo como un todo.

Las estructuras que rigen el gobierno regional y global se arraigan en distintos escenarios, entre los que se cuenta la Unión Europea, el Área de Libre Comercio de América del Norte, las conferencias económicas del Grupo de los Siete, la incipiente Organización del Comercio Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. La lógica de tales organismos se rige básicamente por criterios económicos y de mercado, y prima las contribuciones al comercio y la inversión, así como la eficiencia en la producción y distribución, y también los mecanismos que reducen la relevancia de los Estados soberanos, especialmente en lo que se refiere a sus actividades de carácter proteccionista, social y local que ayudan a los débiles a resistir a los fuertes. Este tipo de globalismo tiene muy poco que ver con la imaginación moral de los estoicos que tan vívidamente ha re-

flejado Martha Nussbaum; es una perspectiva del conjunto que prescinde totalmente de los imperativos éticos de la solidaridad humana. Ejemplos de esta perspectiva son el arco de McDonald, la homogeneidad de las cadenas hoteleras y agencias internacionales de alquiler de automóviles; la presentación que hace la CNN de la realidad política, y la presencia universal en las camisetas de los personajes de dibujos animados creados por los estudios Walt Disney. Sin una aclaración más precisa, existe el peligro de confrontar los regionalismos y el globalismo emergente que están reconstituyendo el mundo con esas exaltadas expectativas y esperanzas cosmopolitas que invocan la perspectiva de una genuina «conciencia de la especie» y se inspiran en las imágenes clásicas de una comunidad humana que comparte la misma conciencia ética.

Existen dos tipos de propuestas que parecen responder a estas consideraciones. En primer lugar, las expectativas relativas a la educación, a las aspiraciones éticas y a la lealtad política deben ser reestructuradas para evitar una elección polarizadora entre el patriotismo y el cosmopolitismo. Tal reestructuración supone un diálogo político ininterrumpido y un *ethos* de inclusividad en lugar de empecinarse en que sólo uno de los dos polos es el correcto. La configuración del orden mundial ya no se puede seguir reduciendo a las relaciones entre las partes (por las que se entiende los Estados) y el todo (por el que se entiende el mundo). En la actualidad, los agentes y procesos transnacionales y de base, entre los que se cuentan organizaciones voluntarias de ciudadanos, se comprometen con diversas formas de acción, cuyo espectro abarca desde las actividades extremadamente locales hasta las globales, y a menudo están inspiradas por una conciencia ética que convierte en realidad tangible la perspectiva cosmopolita. Y puesto que esta conciencia se crea a partir de estas fuerzas sociales transnacionales, quizá la pudieramos identificar con el nombre de neocosmopolitismo. Como ejemplos de este tipo de entidades y actividades podríamos citar los esfuerzos de Greenpeace para evitar que la compañía Shell Oil conta-

minase aún más el mar del Norte con el hundimiento de una plataforma petrolífera, o la campaña mundial emprendida en especial en el sur del Pacífico, para protestar contra la reanudación de las pruebas nucleares francesas. Éste es un tipo de globalización-desde-abajo concebida en función de las necesidades de las personas (y de la naturaleza), que se distingue de la globalización-desde-arriba dirigida por el capital y que es esencialmente neutral.

La segunda modalidad de reconfiguración se centra en el ámbito de la participación política que se deriva de este tipo de transnacionalismo ético. El patriotismo, en su acepción tradicional, da por supuesto el potencial del Estado soberano como agente moral. La erosión de esta capacidad moral erosiona también los fundamentos de la lealtad, al menos desde la perspectiva de la calidad humana y de lo que representa el Estado para la comunidad. Para describir de manera más precisa las tendencias globalizadoras (desde abajo y desde arriba) debemos desvincular la práctica de la democracia de su tradicional nexo Estado-nación, y reconocer y fomentar lo que acertadamente identifica David Held como «democracia cosmopolita». Las conferencias globales organizadas bajo los auspicios de las Naciones Unidas para abordar temas como la situación de las mujeres, el desarrollo, la población y el medio ambiente son claros ejemplos de un innovador *ethos* democrático, que imprimen un mayor dinamismo a las formas de interacción entre las personas y las estructuras de la autoridad, puesto que participantes y escenarios están situados de una manera que contrasta con los dominios de la práctica democrática centrada en los rituales electorales y las instituciones representativas. Estas conferencias no manifiestan por sí mismas, un gobierno cosmopolita, sino que más bien son incipientes experimentos de democracia cosmopolita, que exploran nuevos estilos y potencialidades de participación, representación y representación, aunque todavía no encarnados en estilos en estructuras de autoridad específicas que normalicen la práctica y las expectativas.

Estas manifestaciones de democracia cosmopolita sugieren una posible reconciliación del nacionalismo y el cosmopolitismo. Si las estructuras de gobierno global de tipo económico son reorientadas para expresar un tipo de equilibrio entre la globalización-desde-arriba (orientada hacia el mercado) y la globalización-desde-abajo (orientada hacia las personas), entonces es posible una recreación del espacio político que permita el resurgimiento del Estado humano. Merece la pena recordar que las primeras manifestaciones del Estado humano surgieron a consecuencia de un equilibrio entre los Estados territoriales que, a su vez, contrapesó la lógica del mercado frente a la lógica social del movimiento obrero, y que el capitalismo de principios del siglo XIX se fundamentaba en la conducta depredadora de un mercado desregulado que produjo enfermedades sociales como el trabajo infantil, un alto riesgo de accidentes laborales e inseguridad laboral, mientras que, más adelante, el capitalismo regulado conllevó la aparición de la ordenación laboral, de sindicatos y huelgas, así como de los salarios mínimos y la seguridad social. En la actualidad, el Estado neurótico está atrapado entre los compromisos producidos por la regulación social de la conducta del mercado y las nuevas dinámicas del globalismo económico, esencialmente desregulado. Estas fuerzas antagónicas hacen que entre las promesas y la realidad existan unas divergencias de una profundidad y una consistencia tales que superan la típica actitud de los políticos que prometen demasiado o que condicionan su actuación a la satisfacción de un determinado conjunto de intereses.

En la actualidad los ciudadanos tienen ante sí el reto de reconfigurar la antigua dicotomía entre el patriotismo indiferenciado y el cosmopolitismo. La superación de este reto permitiría restaurar la vitalidad del patriotismo tradicional, siempre y cuando se ampliasen las ideas y las prácticas de participación y responsabilidad al escenario en el que se dirimen los asuntos transnacionales. Si la revitalización ética y política se ve empujada por el peso abrumador del globalismo económico

—una especie de cosmopolitismo negativo— los ciudadanos con voluntad y aspiraciones humanísticas no podrán acomodarse fácilmente en ninguno de los dos polos, el patriótico o el cosmopolita, entre los que se plantea el debate actual. Si, por el contrario, se logra reorientar el debate, el patriotismo y el cosmopolitismo podrán compartir un compromiso común capaz de remodelar las condiciones del Estado humano, la región humana y, en función del éxito de las fuerzas sociales transnacionales, un globalismo decente e incluyente.